

Andrea Camilleri

UN FILO DE LUZ

Traducción del italiano de
Teresa Clavel Lledó



salamandra

Título original: *Una lama di luce*

Ilustración de la cubierta: © Ferdinando Scianna/Magnum Photos/Contacto

Copyright © Sellerio Editore, Palermo, 2012

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2015

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-654-7

Depósito legal: B-8.054-2015

1ª edición, abril de 2015

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

UN FILO DE LUZ

1

La mañana, ya desde las primeras luces del alba, había sido voluble y caprichosa. Y tal vez por ello, debido a un efecto de contagio, aquel día el humor del comisario Montalbano sería también, como poco, inestable. En esos casos sabía que lo mejor era ver al menor número de personas posible.

A medida que pasaban los años, su estado de ánimo se volvía más sensible a las variaciones climáticas, de la misma forma que un mayor o menor grado de humedad influye en el dolor de las articulaciones de un viejo. Cada día le resultaba más difícil controlarse, ocultar el exceso de alegría o de mal humor.

En el tiempo que había tenido que invertir para llegar desde su casa de Marinella hasta el barrio de Casuzza —unos quince kilómetros como mucho, pero todos de pistas sólo aptas para tractores o de caminos de tierra tan estrechos que apenas cabía un coche—, el cielo había pasado del rosa claro al gris, y luego del gris al celeste pálido, para acabar quedándose en un blancuzco nevoso que difuminaba los contornos y engañaba la vista.

Recibió la llamada a las ocho de la mañana, cuando estaba a punto de salir de la ducha. Se había levantado tarde porque sabía que ese día no tenía que ir a la comisaría, y se puso de mala uva en cuanto sonó el teléfono. No esperaba que nadie lo llamara. ¿Quién querría tocarle las pelotas?

Teóricamente, en la comisaría no debería haber nadie, salvo el encargado de la centralita, porque aquél era un día especial en Vigàta.

Y era especial porque el señor ministro del Interior, de regreso de su visita a la isla de Lampedusa, en cuyos «centros de acogida para inmigrantes» (¡sí, señor, tenían el valor de llamarlos así!) ya no cabía ni un niño de pecho —las sardinas en lata tenían más espacio—, había manifestado su intención de inspeccionar los campamentos de emergencia que habían montado en Vigàta. Aquellas instalaciones, por otro lado, ya estaban también llenas a rebosar, con el agravante de que esos desdichados se veían obligados a dormir en el suelo y a hacer sus necesidades al aire libre.

Total, que el señor jefe superior Bonetti-Alderighi había ordenado la movilización general tanto de la jefatura de Montelusa como de la comisaría de Vigàta, con objeto de blindar las carreteras por las que tendría que pasar el alto personaje en su recorrido; así impediría que llegaran a sus oídos los acostumbrados silbidos, pedorretas y abucheos de la población (llamados, en lenguaje fino, «protestas»), y sólo le llegarían los aplausos de cuatro muertos de hambre pagados a tal efecto.

Montalbano, sin pensárselo dos veces, había dejado que toda la responsabilidad recayera sobre los hombros de Mimì Augello y había aprovechado la ocasión para tomarse un día de descanso. La sola imagen del señor ministro por televisión ya le encendía la sangre, así que no digamos si llegaba a verlo en vivo y en directo.

Todo ello dando por hecho que, por el respeto debido a un miembro del gobierno, en la ciudad y los alrededores no se producirían ni asesinatos ni otros hechos delictivos, y que los delincuentes tendrían la delicadeza de no turbar aquella jornada jubilosa.

Por lo tanto, ¿quién sería el que llamaba?

Decidió no contestar, pero el teléfono, después de haberse callado un momento, volvió a sonar.

¿Y si era Livia? Quizá tenía que decirle algo importante... No, no podía ignorarla, debía coger esa llamada.

—¡Hola! *Dottori*? Catarella *sum*.

Se quedó de piedra. ¿Catarella hablaba en latín? ¿Qué estaba pasando en el universo? ¿Acaso se acercaba el fin del mundo? Seguro que no había oído bien.

—¿Qué has dicho?

—Que soy Catarella, *dottori*.

Respiró aliviado. Había oído mal. El universo volvía a la normalidad.

—Dime.

—*Dottori*... Antes de explicarle nada, debo advertirle que se trata de un asunto largo y complicado.

Montalbano tiró de una silla con el pie para acercársela y se sentó.

—Aquí me tienes.

—Perfecto. Esta mañana, siendo que el aquí presente se había puesto a las órdenes del *dottori* Augello en tanto en cuanto se esperaba la llegada del *alicóptero* que traía al *señor* ministro...

—¿Ha llegado ya?

—No lo sé, *dottori*. Ignoro dicha circunstancia.

—¿Y eso por qué?

—La ignoro porque no me encuentro *in situ*.

—Ah, ¿y dónde estás?

—En otro lugar llamado «barrio de Casuzza», *dottori*, que se encuentra al lado del paso a nivel que está después de...

—Sé dónde está ese barrio, Catarella. ¿Quieres explicarme de una vez qué haces ahí, sí o no?

—*Dottori*, pido *comprensión* y *perdón*, pero si usía me interrumpie todo el rato...

—Perdona, continúa.

—Pues bueno, en cierto momento, el susodicho *dottori* Augello *recibió* una llamada de nuestra centralita, donde yo había sido sustituido por el agente Michele Filippazzo, en tanto en cuanto el susodicho se había roto una pierna y...

—Perdona, ¿qué susodicho? ¿El *dottor* Augello o Filipazzo?

Se echó a temblar ante la sola idea de que, al haberse hecho daño Mimì, le tocara a él ir a recibir al ministro.

—Filippazzo, *dottori*, quien, como iba diciéndole, no podía incorporarse al servicio activo y entonces tomó su *rilivo* Fazio, el cual, asimismo, oída la llamada en cuestión, me dijo que no siguiera esperando al *alicóptero* y fuera urgentemente al barrio de Casuzza, donde al parecer...

Montalbano vio clarísimo que necesitaría media mañana para llegar a entender algo.

—Oye, Catarè, vamos a hacer una cosa. Yo ahora me informo, y volvemos a hablar dentro de cinco minutos.

—Pero, entretanto, ¿debo tener el móvil encendido o apagado?

—Apágalo.

El comisario llamó a Fazio, que respondió de inmediato.

—¿Ha llegado el ministro?

—Todavía no.

—Me ha telefonado Catarella, pero después de un cuarto de hora hablando con él aún no he conseguido comprender nada.

—Yo le explico de qué se trata, *dottore*. Ha llamado un campesino para hacernos saber que ha encontrado un ataúd en su finca.

—¿Lleno o vacío?

—La verdad es que no lo he entendido muy bien. Se oía fatal.

—¿Por qué has enviado a Catarella?

—No me ha parecido que fuera nada importante.

Montalbano dio las gracias a Fazio y llamó a Catarella.

—Catarè, ¿el ataúd está lleno o vacío?

—*Dottori*, el citado ataúd se encuentra con la tapa puesta y en consecuente consecuencia su *continido* resulta invisible.

—Pero ¿no la has levantado?

—No, *signor dottori*, en tanto en cuanto hace falta una orden ex profeso para el levantamiento de la tapa. Si usía me ordena que lo abra, yo lo abro. Pero será un acto inútil.

—¿Por qué?

—Porque el ataúd no está vacío.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque el campesino, que resulta que es el propietario del *tirreno* donde se encuentra el citado ataúd y que se llama Annibale Lococo, hijo de Giuseppe, y que está aquí a mi lado, ha levantado la tapa lo necesario para ver que el ataúd está ocupado.

—¿Ocupado por quién?

—Por un cadáver de muerto, *dottori*.

O sea que, en contra de lo que había creído Fazio, la cosa era lo suficientemente importante.

—Está bien, espérame ahí.

Y Montalbano había tenido que meterse en el coche, maldiciendo su suerte, y poner rumbo al barrio de Casuzza.

El ataúd era de esos para muertos de tercera clase, los más pobres, de madera tosca, sin siquiera una capa de barniz.

Una punta de tela blanca asomaba por debajo de la tapa a medio encajar.

Montalbano se agachó para observar mejor la tela. La cogió con el pulgar y el índice de la mano derecha, y tiró de ella para sacarla un poco más. Eso le permitió ver que había dos letras bordadas en ella: una B y una A entrelazadas.

El tal Annibale Lococo estaba sentado en un extremo del ataúd, en la parte que correspondía a los pies, con una escopeta al hombro y fumando medio toscano. Era un hombre de unos cincuenta años, enjuto y quemado por el sol.

Catarella estaba a un paso de él, pero permanecía de pie, inmóvil y en posición de firmes, incapaz de pronunciar una sola palabra, dominado por la emoción de estar llevando a cabo una investigación con el comisario en persona.

A su alrededor, un paisaje desolado, con más piedras que tierra, escasos árboles que padecían una milenaria falta de agua, rodales de sorgo y enormes matojos de malas hierbas. Y a poco más de un kilómetro de distancia, una casucha solitaria, quizá la que daba nombre al barrio.

Cerca del ataúd, sobre el polvo que una vez había sido tierra, se veían claramente las huellas de unos neumáticos, tal vez de una camioneta, y de los zapatos de dos hombres.

—¿Es suyo este terreno? —le preguntó Montalbano al campesino.

—¿Terreno? ¿Qué terreno? —dijo el tal Lococo, mirándolo perplejo.

—Este donde estamos.

—¡Ah! ¿Y usía lo llama «terreno»?

—¿Qué cultiva aquí?

Antes de responder, el campesino lo miró de nuevo, se levantó la boina, se rascó la cabeza, se quitó el cigarro de la boca, escupió en el suelo con disgusto y volvió a ponerse el medio toscano entre los labios.

—Nada. ¿Qué coño quiere que cultive aquí? En esta tierra no agarra nada, está maldita. Pero vengo a cazar. Hay muchas liebres.

—¿Ha encontrado usted el ataúd?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, hacia las seis y media. Y les he llamado enseguida con el móvil.

—¿Anoche pasó por aquí?

—No, señor, hacía tres días que no venía.

—Entonces, no sabe cuándo han dejado aquí el ataúd.

—Exacto.

—¿Ha mirado dentro?

—Claro. ¿Que por qué? ¿Usía no lo habría hecho? Tenía curiosidad. He visto que la tapa no estaba atornillada y la he levantado un poco. Hay un cadáver cubierto con una sábana.

—Pero, dígame la verdad, ¿ha levantado la sábana para verle la cara?

—Sí, señor.

—¿Es hombre o mujer?

—Hombre.

—¿Lo ha reconocido?

—No lo había visto en mi vida.

—¿Se imagina el motivo por el que lo han dejado en su finca?

—Si tuviera tanta imaginación, escribiría novelas.

Parecía sincero.

—Está bien. Apártese un poco, por favor. Catarella, levanta la tapa.

Catarella se arrodilló junto al ataúd y levantó un poco la tapa. De pronto, volvió la cabeza hacia un lado y torció la boca.

—*Iam fetet* —dijo, mirando al comisario.

Montalbano dio un salto hacia atrás, pasmado. ¡Así que era cierto! ¡No lo había oído mal! ¡Catarella hablaba en latín!

—¿Qué has dicho?

—He dicho que ya huele, *dottori*.

¡Ah, no! ¡Esta vez lo había oído claramente! No había ninguna posibilidad de error.

—¡Tú estás tomándome el pelo! —explotó, gritando de tal manera que al primero que ensordeció fue a sí mismo.

Catarella dejó caer de golpe la tapa y se incorporó, colorado como un tomate.

—¿Yo? ¿A usía? Pero ¿cómo se le ocurre una cosa así? Yo jamás, lo que se dice jamás de los jamases, me permitiría...

No pudo continuar. Desesperado, se echó las manos a la cabeza y empezó a lamentarse.

—*O me miserum! O me infelicem!*

Montalbano se cegó, perdió el control por completo y, abalanzándose sobre él, lo agarró por el cuello y lo zarandó, como si Catarella fuese un árbol del que quisiera hacer caer peras maduras.

—*Mala tempora currunt!* —dijo Lococo, filosófico, dando una intensa calada a su cigarro.

El comisario se quedó paralizado por el miedo.

¿También Lococo se ponía a hablar en latín? ¿Acaso había retrocedido en el tiempo y no se había enterado? Pero, entonces, ¿cómo es que vestían según la moda actual y no llevaban ni túnica ni toga?

En ese momento, la tapa del ataúd se abrió desde dentro armando un gran estruendo al caer al suelo, y el cadáver, que parecía una momia, se incorporó poco a poco.

—Pero ¿es que no tiene usted ningún respeto por los muertos, Montalbano? —preguntó hecho un basilisco el cadáver, mientras se apartaba la sábana de la cara para darse a conocer.

Era el jefe superior, el señor Bonetti-Alderighi.

Montalbano se quedó un buen rato acostado, pensando en el sueño que había tenido, y que le había impresionado bastante.

No porque el muerto hubiera resultado ser Bonetti-Alderighi ni porque Catarella y Lococo se hubieran puesto a hablar en latín, sino porque había sido un sueño traicionero, engañoso, es decir, de esos en que la sucesión de los hechos es de una estricta y rigurosa lógica y exactitud.

En un sueño de ese tipo, todas y cada una de las particularidades, todos y cada uno de los detalles, se presentan de tal modo que hacen que todo parezca más real. De forma que los límites entre el sueño y la realidad acaban por hacerse demasiado finos, prácticamente invisibles. Menos mal que en la parte final del sueño la lógica había desaparecido, si no, habría sido uno de esos episodios que, al cabo de algún tiempo, uno no sabe si fue un hecho real o soñado.

Fuera como fuese, en el sueño que había tenido absolutamente nada era cierto, ni siquiera la llegada del ministro. Y por supuesto aquel día no sería un día de descanso para él, sino de trabajo, como todos los demás.

Se levantó y abrió la ventana.

La mitad del cielo seguía siendo azul claro, pero la otra mitad estaba cambiando de color y tiraba a gris a causa de una masa de nubes bajas y uniformes que avanzaban desde el mar.

Acababa de salir de la ducha cuando el teléfono sonó. Fue a cogerlo, mojando el suelo con el agua que resbalaba por su cuerpo. Era Fazio.

—*Dottore*, perdone que lo moleste, pero...

—Dime.

—Ha llamado el jefe para decir que ha recibido una comunicación urgente, relacionada con el ministro del Interior.

—Pero ¿no está en Lampedusa?

—Sí, señor, pero al parecer quiere venir a visitar el campamento de emergencia que montaron en Vigàta. Llega dentro de unas dos horas en helicóptero.

—¡Vaya tocada de pelotas!

—Espere, espere. El jefe ha dispuesto que toda la comisaría se ponga a las órdenes de Signorino, el subjefe, que dentro de un cuarto de hora estará aquí. Sólo quería informarle.

Montalbano dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias.

—Usía, naturalmente, no tendrá ninguna intención de dejarse ver...

—Has dado en el clavo.

—¿Qué le digo a Signorino?

—Que estoy en cama con gripe y que pido disculpas por mi ausencia. Y en confianza te lo digo: estaré rascándome la barriga en casa. Cuando el ministro se haya ido, llámame aquí, a Marinella.

O sea, que la llegada del ministro acababa de convertirse en un hecho real...

¿Podía decirse que había tenido un sueño premonitorio? En caso afirmativo, ¿significaba eso que el señor jefe superior se encontraría dentro de poco metido en un ataúd?

No, sin duda era una simple coincidencia. El sueño no seguiría cumpliéndose. Sobre todo porque, pensándolo bien, era humanamente imposible que Catarella se pusiera de pronto a hablar en latín.

El teléfono volvió a sonar.

—Diga...

—Perdone, me he equivocado —dijo una voz femenina antes de colgar.

Pero ¿no era Livia? ¿Por qué había dicho que se había equivocado de número? La llamó.

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Perdona, Livia, pero marcas el número de mi casa, te contesto y tú cuelgas después de decir que te has equivocado.

—¡Ah, eras tú!

—¡Pues claro que era yo!

—Verás, es que estaba tan segura de que no te encontraría en casa que... Por cierto, ¿qué haces todavía en Marinella? ¿No te encuentras bien?

—¡Me encuentro perfectamente! ¡Y no intentes esca-bullirte!

—¿De qué?

—¡Del hecho de que no hayas reconocido mi voz! ¿Te parece normal que después de tantos años...?

—¡Cómo te pesan!, ¿eh?

—¿Qué es lo que me pesa?

—Los años que llevamos juntos.

Por supuesto, acabaron teniendo una buena trifulca que duró un cuarto de hora largo.

Se entretuvo media hora más dando vueltas por casa en calzoncillos. Luego llegó Adelina, que, al verlo, se alarmó:

—¡Virgen Santa, *dottori!*, ¿qué pasa? ¿Está enfermo?

—Adelì, ¿tú también? No, no te preocupes. Estoy perfectamente. Es más, ¿quieres saber una cosa? Hoy comeré en casa. ¿Qué vas a prepararme?

Adelina sonrió.

—¿Qué me dice de una buena pasta *'ncasciata*, con su puntito justo de gratinado?

—¡Ya me relamo, Adeli!

—¿Y después tres o cuatro *salmunetitos* fritos bien crujientes?

—Dejémoslo en cinco, y no se hable más.

De improviso había ascendido al paraíso.

Se quedó en casa, pero, al cabo de una hora, en cuanto empezó a llegarle el delicioso aroma procedente de la cocina, comprendió que no podría aguantar. Sintió de pronto una sensación de vacío en la boca del estómago, así que decidió dar un largo paseo por la orilla del mar.

Cuando volvió, un par de horas después, Adelina le informó de que Fazio había llamado para decir que el ministro había cambiado de idea y había regresado a Roma sin pasar por Vigàta.

Montalbano llegó a la comisaría pasadas las cuatro de la tarde, con una sonrisa en los labios, en paz consigo mismo y con el mundo entero, por obra y gracia de la pasta *'ncasciata*.

Se paró un momento delante de Catarella, que, al verlo entrar, se cuadró de inmediato.

—Catarè, ¿te importaría aclararme una duda?

—A sus órdenes, *dottori*.

—¿Tú sabes algo de latín?

—Ya lo creo, *dottori*.

Montalbano se quedó atónito. Estaba convencido de que Catarella a duras penas había terminado la primaria.

—¿Lo estudiaste?

—Estudiar estudiar, lo que se dice estudiar, no, *signor*, pero puedo decir que sé bastante.

Montalbano estaba cada vez más pasmado.

—¿Y cómo es eso?

—¿Que cómo es que sé bastante?

—Sí.

—Porque me ha hablado de él un vecino que es amigo suyo.

—¿Que te ha hablado de él? Pero... ¿de quién?

—Del camello Vincenzo Camastra, *el Latino*.

El comisario recuperó la sonrisa. Mejor así: todo volvía a la normalidad.